

América Latina y el Caribe: ¿hacia la segunda independencia?

Marcos CUEVA PERUS*

La crisis propone, pero la cultura dispone.

Emmanuel le Roy Ladurie

EL DIALOGO DE IDEAS entre las fuerzas de derecha y las de izquierda nunca fue el fuerte de América Latina y el Caribe, y cada una de esas fuerzas se caracterizó durante mucho tiempo por cierta tendencia a la endogamia. Las fuerzas de derecha más recalcitrantes tendieron a contar durante buena parte del siglo xx con el apoyo estadounidense y la represión abierta. Hasta los años noventa del siglo pasado también seguían pesando las sombras de las dictaduras en el Cono Sur, salvo en Brasil. Segura de la fuerza bruta, a la derecha nunca se le ocurrió —salvo excepciones, como la de Acción Nacional en el México posrevolucionario— esbozar un cuerpo doctrinario que la legitimara. Por su parte, sobre todo a partir de los cambios en Cuba en 1959, algunas izquierdas contaron menos con la fuerza de la cultura que con la radicalización de ciertos sectores de clase media y el guevarismo armado.

El diálogo de sordos ha continuado. Los partidarios de la globalización, que ya ni siquiera se identifican como de derecha, sino como adalides de las leyes “inexorables” de la Historia, no han encontrado nada mejor que acusar a ciertos líderes de populistas: el calificativo suele carecer de solidez e ir a contrapelo de la experiencia histórica real del subcontinente con muy pocas excepciones, entre las que se encuentra probablemente la Argentina de Néstor Kirchner. Plantear un giro a la izquierda con tintes populistas puede ser un sinsentido: Ludolfo Paramio ha constatado que el populismo histórico con frecuencia reprimió a las organizaciones sindicales y los grupos de izquierda que no se integraron al nuevo régimen, y que por lo tanto habían buscado conservar la autonomía.¹ Por otra parte, no hay demasiado lugar para la euforia sobre el triunfo de fuerzas izquierdistas en América Latina y

* Investigador del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México; e-mail. <cuevaperus@yahoo.com.mx>

¹ Ludolfo Paramio, “La izquierda y el populismo”, *Mexos* (México), núm 339 (marzo del 2006), p. 21.

el Caribe, con algunas salvedades como la de Haití, el país más pobre de todos, donde René Préval apostó a la moderación y la cooperación internacional. El subcontinente se encuentra notoriamente dividido, amenazado de marginación internacional, y las izquierdas encumbra- das han dejado en claro que no se trata de construir alternativas al capitalismo realmente existente —salvo en los casos cubano y venezo- lano—, sino de orientarlo hacia una hipotética redistribución social de la riqueza a largo plazo y una ampliación de las clases medias. Con todo, por primera vez en mucho tiempo se ha abierto, así sea de mane- ra tímida, la posibilidad de construir naciones y Estados desde abajo. En el siglo xx, sólo en contadas excepciones existió la oportunidad de esa construcción, que abortó con los resultados de la Revolución Mexi- cana de 1910 (sobre todo después de Cárdenas) y con la Violencia (con mayúsculas) colombiana en los años cuarenta.

En las ciencias sociales latinoamericanas, en las últimas décadas se abandonaron los estudios sobre la real correlación de fuerzas en el subcontinente para privilegiar análisis empíricos útiles, pero a veces estrechos de miras, o discursos teóricos alejados de cualquier praxis, y por ende tendientes a la escolástica. Puede aducirse que algunos acercamientos teóricos simplemente se tragararon la realidad: el México priísta no fue una dictadura, ya que ni siquiera en 1968 se instauró el estado de excepción, y mucho menos un régimen de partido único, si se toma en cuenta la apertura política a la izquierda en los gobiernos de Luis Echeverría y de José López Portillo o la antigüedad de agrupacio- nes como el Partido Acción Nacional (PAN) y el Partido Popular So- cialista (PPS). Tampoco es posible poner en el mismo saco a las dicta- duras conosureñas y a Juan José Torres (Bolivia), Juan Velasco Alvarado (Perú), Omar Torrijos (Panamá) o Guillermo Rodríguez Lara (Ecuador): estos últimos, además de no haber practicado mayor represión, intentaron cumplir, pese a cierto populismo, con proyectos redistributivos y antiimperialistas que un autor como Nils Castro considera parte de una trayectoria de izquierda.² En esta misma perspectiva, sólo una mentalidad neocolonial puede comparar las transiciones a la democra- cia en algunos países latinoamericanos con la que se produjo en Espa- ña a la muerte de Franco: las dictaduras conosureñas (con la excep- ción paraguaya) duraron mucho menos y no se produjeron luego de sangrientas guerras civiles; en el caso de México, la comparación es

² Véase Nils Castro, "Las izquierdas latinoamericanas contemporáneas: observacio- nes a una trayectoria", *Temas* (La Habana), nueva época, núms. 41-42 (enero-junio del 2005), pp. 7-8.

tanto más aberrante cuanto que el gobierno de Lázaro Cárdenas dio refugio al exilio español.

1. *El dependentismo a la distancia*

CENTRADA en buena medida en lo que ocurría en Sudamérica (a partir de los exilios sudamericanos en Chile durante Allende y luego en México con Echeverría), la teoría de la dependencia —para la cual existía una disyuntiva apresurada entre fascismo y socialismo— llegó a veces a generalizaciones abusivas y a mostrar cierto desprecio por los países más pequeños del subcontinente. A dicha teoría se le dificultó explicar el proceso cubano y muchos intelectuales se encontraron sorprendidos cuando el auge izquierdista pareció desplazarse a Centroamérica con el triunfo sandinista nicaragüense (1979). La teoría de la dependencia se interesó mucho menos por el Caribe: por ejemplo, por la Grenada de Maurice Bishop o la Jamaica de Michael Manley. Es probable que dicha teoría nunca haya conseguido desprenderse de cierto chovinismo, al creer por ejemplo que un país como Brasil, por el solo hecho de ser enorme, estaba llamado a hacer “las cosas en grande”, lo que no logró ni siquiera para convertirse en un “subimperialismo” (en el Cono Sur, asesores de Taiwán y Corea del Sur asumieron ese papel). La teoría de la dependencia se había orientado sobre todo contra los límites del desarrollismo: por cierto que Lula expresó mejor que nadie su proyecto al hacerle hace algún tiempo un sentido homenaje al fallecido economista Celso Furtado.

Lejos de la teoría de la dependencia, e ignorado por ésta (dentro de las izquierdas también solía prevalecer el diálogo de sordos y la descalificación), Rodney Arismendi, pese a cierto dogmatismo, adelantó una tesis que habría de sugerir un rasgo en común para todos los países latinoamericanos: transitaron al capitalismo un “capitalismo deforme” — por una vía en la que prevaleció la gran propiedad de la tierra, y hasta principios del siglo xx nunca tuvieron lugar reformas agrarias dignas de ese nombre, que fortalecieran la pequeña propiedad en el campo.³ Si se toma en cuenta esta perspectiva, puede añadirse que la concepción de los países como “haciendas” al servicio de las oligarquías de turno nunca desapareció del todo: en las mentalidades perduraría por mucho tiempo la deformidad de origen colonial. En América Latina y el Caribe no se produjo durante buena parte del siglo

³ Rodney Arismendi, *Vigencia del marxismo-leninismo*, México, Grijalbo, 1984 p. 258

xx lucha de clases alguna (en el mejor sentido de la expresión): el problema clasista quedó relegado a segundo plano por la relación de dependencia y servidumbre entre “los de arriba” y “los de abajo”.⁴

Cuba fue una excepción: era un eslabón débil donde la producción de tabaco hacía contrapeso a la gran plantación azucarera. Existía una acendrada cultura popular de resistencia al exterior y los grupos dominantes carecían de otro proyecto que no fuera el de entregar la Isla incluso a las mafias estadounidenses. Cuba debía desplegar a la larga un fuerte nacionalismo, para algunos el mayor logro del proceso posterior a 1959.⁵ En El Salvador, pese a la existencia de una oligarquía cafetalera compacta, surgieron rápidamente el proletariado rural y los gremios de artesanos; el problema racial desapareció entre el siglo xix y la Matanza (con mayúsculas) de 1932; a la larga, el catolicismo radical de izquierda fue más fuerte que en cualquier otro lugar de Centroamérica,⁶ y la izquierda logró a la vez un fuerte arraigo armado en las montañas y en la lucha sindical de base amplia (Coordinadora Revolucionaria de Masas) a partir de los años setenta.⁷ En Chile, además de una fuerte presencia de la izquierda comunista y socialista, la tradición democrática y de concertación política no se vio tan empañada en el siglo xx por el populismo: el gobierno de Salvador Allende (1970-1973) no tuvo nada que ver con esa vertiente política,⁸ pese a ciertos rasgos paternalistas, y no está de más recordar que fue una experiencia democrática genuina, cortada de tajo desde el exterior (por la injerencia estadounidense) por la mezquindad de la clase media y la radicalización de la extrema izquierda.

Varias décadas de crisis, sobre todo a partir de los años ochenta del siglo pasado, dieron al traste con el contexto en el que se había formulado la teoría de la dependencia, sin que ello quiera decir que haya perdido parte de su vigencia. Algunos países caracterizados por haber alcanzado un grado significativo de industrialización desmantelaron en un tiempo relativamente breve el aparato productivo interno: fue

⁴ Una lucha de clases puede ser perfectamente clasista, y Marx nunca hizo un llamado a tomar las armas a como diera lugar

⁵ Sobre el proceso cubano véase, por ejemplo, Gérard Pierre-Charles, *Génesis de la Revolución Cubana*, México, Siglo xxi, 1976.

⁶ Sobre todos estos temas, véase James Dunkerley, “El Salvador desde 1930”, en Leslie Bethell, ed., *Historia de América Latina*, tomo 14, *América Central desde 1930*, Barcelona, Cambridge University Press/Crítica, 2001, en particular pp. 87, 89 y 99.

⁷ Sobre las características del proceso salvadoreño, véase Marta Harnecker, *Haciendo posible lo imposible: la izquierda en el umbral del siglo xxi*, 2ª ed., México, Siglo xxi, 2005, p. 49.

⁸ Cf. Castro, “Las izquierdas latinoamericanas contemporáneas” [n. 2], pp. 8-9.

lo que le ocurrió a México, sobre todo a partir del Tratado de Libre Comercio (TLC) que entró en vigor en 1994. Argentina se convirtió en el mayor símbolo de una brutal desindustrialización, que empezó en tiempos de la dictadura, pero que se agravó con Menem. El “modelo” chileno tampoco se basó en la defensa del aparato industrial, sino en el aprovechamiento del mercado internacional del cobre. Como lo ha señalado Andrés Oppenheimer, para principios del siglo XXI el grueso del subcontinente americano se había vuelto completamente dependiente de la explotación de recursos naturales (con frecuencia en manos de empresas transnacionales: Lula se ocupó de regalarles la Amazonía brasileña, incluso contra la opinión de las fuerzas armadas)⁹ y la exportación de unas cuantas materias primas.¹⁰ Oppenheimer ha hecho notar tendencias aún más graves: América Latina y el Caribe entraron simplemente en la ruta de la “africanización”, incluso al grado de ser superados en la competitividad internacional por países como la otrora primitiva Botswana.¹¹ Mientras tanto, algunos pueblos del estado mexicano de Guerrero, como Metlatónoc, por ejemplo, llegaron a una miseria igual a la de los pueblos indigentes de Sierra Leona, uno de los países más pobres de África.¹² El nivel educativo de un país como Perú terminó por ubicarse por debajo del de varios países africanos.

Desde México hasta Guatemala, El Salvador y Ecuador, varios países de la región pasaron a depender cada vez más de fuentes de ingresos que hasta los años setenta no tenían mayor importancia: las remesas provenientes de Estados Unidos (y en menor medida de España, para el caso ecuatoriano), y el turismo de masas que contribuyó a crear nuevas zonas de enclave (el Corredor Maya en México, Antigua en Guatemala, enclaves ecoturísticos en Costa Rica). El caso de México sirvió de alerta: los acuerdos de libre comercio con Estados Unidos se convirtieron en un desafío para la sobrevivencia de distintas economías nacionales como tales.

La teoría de la dependencia fue pensada en un marco en el que la sobrevivencia del Estado y la nación, a diferencia de principios del siglo XXI, no estaba tan en tela de juicio. En varias décadas de crisis, las deformidades de las que hablaba Arismendi llegaron al grado de

⁹ La oposición de las fuerzas armadas a la “subasta” de la Amazonia comenzó bajo la presidencia de Cardoso; cf. Raúl Zibechi, “Militares, Estados nacionales y movimientos”, *La Jornada* (México), 18-VIII-2006, p. 30.

¹⁰ Andrés Oppenheimer, *Cuentos chinos. el engaño de Washington, la mentira populista y la esperanza de América Latina*, México, Plaza y Janés, 2005, p. 80.

¹¹ *Ibid.*, p. 30.

¹² Joseph Contreras y Mónica Campbell, “México en punto muerto”, *Newsweek* (en español), 17-VII-2006, p. 15.

que las oligarquías —las de viejo cuño y las de los nuevos ricos— pusieron en riesgo todas las formas de soberanía nacional y las conquistas precarias de la segunda posguerra del siglo xx, incluso hasta “hipotecar la hacienda”. El símbolo de las derivas del dependentismo terminó por expresarse en la política económica de Fernando Henrique Cardoso al ser presidente de Brasil (1995-2003). En algunos de sus trabajos, Cardoso ya había manifestado su interés por el lugar que podían conseguir las clases medias emergentes al final del periodo de dominio oligárquico,¹³ preocupación que se reencuentra tangencialmente en textos como algunos de Carlos Vilas.¹⁴ Por otra parte, si algunos países viraron hacia una franca “puertorriqueñización” (como Ecuador al dolarizarse y aceptar la instalación de una base militar estadounidense en Manta), lo peor es que para el año 2006 Puerto Rico se encontró en franca quiebra y con decenas de miles de empleados estatales amenazados de despido (noventa y cinco mil cesantes).

2. *Un mundo ancho y ajeno*

PROBABLEMENTE uno de los mayores problemas que se le hayan presentado a buena parte de la izquierda en las últimas décadas consista en aducir que la “globalización”, el “neoliberalismo” y el “capitalismo salvaje” se convirtieron en una fábrica de pobres, como si la polarización social no formara parte intrínseca del funcionamiento del capitalismo a secas. Cabe preguntarse si, como ya ocurría en la segunda posguerra del siglo xx, esa visión no habría sido sino la de una parte de la clase media con temor a verse excluida de la “modernización”. Ciertos sectores de la izquierda se quedaron sin la capacidad para plantear alternativas al capitalismo periférico, por lo que empezaron a buscar un poco a la desesperada nuevos “actores sociales” que legitimaran las persistentes aspiraciones de clase media: ya no los obreros o los campesinos (ni tan siquiera los estudiantes de secundaria, que en Chile protagonizaron un importante movimiento a favor de la educación estatal a mediados del 2006),¹⁵ que nunca dejaron de existir y se vieron sometidos a una precariedad cada vez mayor (sin dejar de protestar contra el libre comercio, como ocurriera en Guatemala, Ecuador y

¹³ Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, 21ª ed., México, Siglo XXI, 1978, p. 46.

¹⁴ Carlos M. Vilas, “La izquierda latinoamericana y el surgimiento de regímenes nacional-populares”, *Nueva Sociedad* (Caracas), núm. 197 (mayo-junio del 2005), p. 88.

¹⁵ La llamada “revolución de los pingüinos”.

Perú, o contra las condiciones laborales, como los trabajadores chilenos del cobre), sino los “comunitarismos” de distinta índole, convertidos en grupos de presión. No es de descartar, también, que el pueblo se haya cansado de poner los muertos para que una parte de la clase media se enfrascara en la “voluntad de poder”, con ribetes maquiavélicos (al concebir la política como conspiración y el arte de “ganarse al Príncipe”) y nietzscheanos (a la búsqueda del “superhombre”).

En el viraje, a parte de la izquierda y de las clases medias les ocurrió lo mismo que a los grupos encumbrados: en la velocidad de los cambios acabó por perderse de vista el origen de la riqueza. Para las fracciones de clase media ya aludidas, probablemente no podía ser de otro modo: en la segunda posguerra del siglo xx y hasta los años setenta vivieron, a falta de una auténtica autonomía económica, a la sombra de Estados que con frecuencia supieron cooptarlas, de la misma manera en que una parte de la intelectualidad izquierdista se reprodujo al amparo de las conspiraciones de Estado habaneras. Es más grave lo que a la larga ocurrió con la clase política y la mayor parte del empresariado: la creación de riqueza dejó de verse como una realidad y una necesidad endógenas. Se renunció a la antigua política de sustitución de importaciones, que ciertamente mostró sus límites, y se sacrificó todo a la carrera por atraer inversiones extranjeras: los empresarios, desde luego, nunca se interesaron por conocer los diversos trabajos —y no todos marxistas— destinados a demostrar que una tasa de crecimiento alta —destinada a fortalecer la acumulación de capital— no es garantía alguna de equidad social, o que no hay mejor manera de hundir a una nación que lanzarla desprotegida al mercado internacional (si Japón no hubiera apostado en el siglo xix al Estado y al proteccionismo, ahora se encontraría todavía exportando sedas y té).

Las clases políticas y los empresarios del subcontinente dieron por hecho que la riqueza se crea en la competencia exterior o por la atracción de inversiones foráneas, y que al Sur americano no le quedaría más que adaptarse y colocar en el mercado mano de obra barata y recursos naturales. A diferencia de la segunda posguerra del siglo xx, las élites adoptaron en las últimas décadas un rumbo suicida: esperaban seguir garantizando la “gobernabilidad” con un Estado y para una nación que al mismo tiempo contribuyeron a dismantelar. En el fondo, dichas élites se dedicaron a parasitar al Estado nacional: al mismo tiempo que lo denostaron, se sirvieron de él para el saqueo, incluso con privatizaciones dudosas. Desde este punto de vista, no le falta razón a Andrés Oppenheimer cuando observa que, desde 1959, los jefes políticos de los dos partidos principales de Venezuela —Acción Demo-

crática y COPEI (Partido Social Cristiano de Venezuela)— se dividieron el poder “como si el país fuera una hacienda de su propiedad”.¹⁶ Sobre todo en los años setenta, la Venezuela de Carlos Andrés Pérez se dedicó a un derroche fantástico y —siempre según Oppenheimer— con subsidios gubernamentales astronómicos que no se destinaron a los pobres, sino a satisfacer los hábitos suntuosos de “clases medias y altas en gran medida parasitarias”.¹⁷

La fisonomía de América Latina y el Caribe cambió de manera sustancial, y ello podía constatarse de manera muy simple en la organización del espacio: si en el pasado los españoles construyeron grandes iglesias sobre las ruinas de los templos prehispánicos, aunque sin hacerlos desaparecer del todo (Cholula, Templo Mayor en la Ciudad de México...), en los últimos treinta años distintas ciudades del subcontinente se llenaron de grandes edificios—y hasta casinos, como en el barrio limeño de Miraflores— de estilo estadounidense y destinados a la especulación (bolsas de valores), los negocios financieros (grandes bancos) y el turismo ejecutivo (grandes cadenas de hoteles de lujo internacionales). Para algunos sectores de clase media, no podía haber nada mejor, máxime que estas construcciones se acompañaron de grandes supermercados de marca estadounidense y restaurantes de renombre (así fuera para la comida chatarra). En algunas ciudades, como la de Panamá (de la que algunos, al igual que para Guayaquil en Ecuador, comenzaron a decir con orgullo que “se parece a Miami en chiquito”), los edificios que crecieron como hongos luego de la lluvia se pagaron a veces al contado: con lavado de dinero en un país conocido como paraíso fiscal.

Pocos autores han estudiado el fenómeno del parasitismo: el científico Michel Serres es uno de ellos. Para Serres, una de las características del parásito se encuentra en el mimetismo (que permite “hospedarse en el huésped”);¹⁸ otra consiste en su capacidad para “hacer ruido”, y una más se desprende de su ubicación como “intermediario” para “dominar la relación” y obtener una “renta de situación”, a diferencia del productor.¹⁹ El parásito —ironiza Serres— se basa en “el valor de abuso” (un consumo que no da nada a cambio),²⁰ a diferencia del trabajo, que lucha contra el ruido, la entropía y elimina los resi-

¹⁶ Oppenheimer, *Cuentos chinos* [n. 10], p. 234

¹⁷ *Ibid.*, p. 231.

¹⁸ Michel Serres, *Le parasite*, París, Bernard Grasset, 1980, p. 15.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 54-55.

²⁰ *Ibid.*, p. 109.

duos.²¹ A raíz de la crisis, los grupos dominantes se convirtieron básicamente en “comisionistas” (intermediarios con rentas de situación), para utilizar la expresión boliviana; dejaron de interesarse por el trabajo, se mimetizaron con el exterior y se “hospedaron en el huésped” con la argucia de que todo se haría “para bien de la nación” y “de todos”; al adueñarse de los grandes medios de comunicación, buscaron conservar sus posiciones “haciendo ruido”—y sin proponer ideas— contra sus contrincantes.

Otros rasgos se volvieron preocupantes en el subcontinente: el narcotráfico (cuyos violentos ajustes de cuentas alcanzaron a varias regiones de México), el involucramiento de militares en el mismo (ex kaibiles guatemaltecos), la delincuencia juvenil (las pandillas, con cerca de cien mil integrantes en Centroamérica,²² se convirtieron en un verdadero azote en El Salvador, Honduras y la frontera entre Guatemala y México), la criminalidad a secas (que en mayo del 2006, con motines carcelarios, puso en jaque a la ciudad brasileña de São Paulo, donde los enfrentamientos con la policía llegaron al saldo de ciento setenta muertos), la abierta lumpenización de algunas oposiciones (Haití) y la sangría de recursos por la emigración masiva de los pobres, pero también por la de los ricos y las transnacionales dispuestas a irse a Miami por temor a la inseguridad. Según Oppenheimer, América Latina era para principios del siglo XXI la región más violenta del mundo: “tal como ocurría en la Edad Media —escribe—, los ejecutivos latinoamericanos viven en castillos fortificados, cuyos puentes —debidamente custodiados por guardias privados— se bajan a la hora de salir a trabajar por la mañana, y se levantan de noche, para no dejar pasar al enemigo”.²³ El Estado ya no podía con el fenómeno, de tal forma que en lugares como Bogotá, la capital mundial de los secuestros, la policía acabó por ser reemplazada por la proliferación de guardias privados (siete guardias privados por cada policía).²⁴ Finalmente, la desertificación de regiones enteras (en México, Haití, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Ecuador) por descuido ecológico no parecía importar mayormente a nadie.

²¹ *Ibid.*, p. 117.

²² Juan José Dalton, “Omar García Funes, experto en ‘maras’ de la Policía Nacional Civil de El Salvador. Las ‘maras’ han mutado y son un fenómeno del crimen organizado”, *El País* (Madrid), 7-iv-2006, p. 6.

²³ Oppenheimer, *Cuentos chinos* [n. 10], p. 22.

²⁴ *Ibid.*, p. 23.

3. Algunas digresiones necesarias

PARA pensar el problema del populismo en América Latina y el Caribe, un buen punto de partida se encuentra en la definición de la demagogia, que a veces se entiende como sinónimo de aquél. La demagogia (del griego *dmaggos*, líder popular, y *demos*, pueblo) es una estrategia política que consiste en apelar a las emociones (sentimientos, amores, odios, miedos, deseos) para ganar el apoyo popular, frecuentemente mediante el uso de la retórica y la propaganda.²⁵ Estaría fuera de duda —sobre todo por el uso de la propaganda— que el proceso cubano tuvo a partir de 1959 rasgos demagógicos. Por su parte, populismos como el de Perón en Argentina apelaron constantemente a la demagogia para atraer a las masas que irrumpieron en la política desde la segunda posguerra del siglo xx, o incluso desde un poco antes. Pero quizás también hayan recurrido a la demagogia en los últimos tiempos los partidarios de la globalización, al reemplazar el debate de ideas por ciertas formas de propaganda, aunque no fueran reconocidas como tales, y al apelar a los miedos y los deseos de las capas altas y medias para, por ejemplo, inducir el voto en los torneos electorales: lo hizo el ahora ex presidente mexicano Vicente Fox, al igual que el ex mandatario peruano Alejandro Toledo, en ambos casos sin apego a la neutralidad que supone la investidura presidencial.

La Real Academia Española subraya que, desde los tiempos de los griegos, la demagogia era considerada como una degeneración de la democracia: con aquélla, los políticos, mediante concesiones y halagos a los sentimientos más elementales de los ciudadanos, trataban de conseguir o mantener el poder; con un tipo perverso de oratoria, atraían hacia los intereses propios las opiniones de los demás, utilizando falacias o argumentos aparentemente válidos que, sin embargo, tras un análisis de las circunstancias, resultaban inválidos o simplistas.²⁶ En las últimas décadas del siglo xx, no hubo argumento más simplista y poco probado por la práctica— que aquel que sostuvo que, acomodándose a la “ineluctable” globalización, se resolverían con el “chorreo de riqueza” casi todos los problemas del atraso periférico. Al cabo de varias décadas de experiencia concreta en el sentido contrario, mandatarios como el panameño Martín Torrijos (formado en Estados Unidos), el mexicano Vicente Fox o empresarios como Carlos Slim (también mexicano) sostenían en plena utopía que, de seguirse con la misma política econó-

²⁵ Wikipedia (enciclopedia por Internet).

²⁶ *Ibid.*

mica por algunos años más, sus respectivos países se convertirían en parte del primer mundo. Ahora que, si bien el proceso cubano tuvo rasgos demagógicos, cabe reconocer que no siempre los empleó Fidel Castro, quien reconociera hace algún tiempo que el proceso cubano podía resistir los embates del exterior, pero también autodestruirse por la falta de convicciones entre los jóvenes, la corrupción rampante y el surgimiento de una clase propietaria. Por otra parte la demagogia se caracteriza por:

— El uso de falacias, incluyendo las premisas inaceptables, los errores lógicos entre los elementos, los argumentos *ad hominem* y los circulares, y la apelación a autoridades irrelevantes para el caso. En las campañas electorales del 2006, por ejemplo, se atribuyeron a los candidatos supuestamente populistas (López Obrador en México, Humala en Perú) nexos no probados con Hugo Chávez, sin que nadie supiera exactamente en qué ha consistido la política del venezolano (para bien o para mal), y con un racismo apenas disimulado. “Que se vaya el zambo”, llegó a vociferar la oposición a Chávez en Venezuela, mientras que Michelle Bachelet llegó en cambio a llevarse las palmas de los reyes de España y las feministas estadounidenses. Cuando el militar Lucio Gutiérrez llegó al gobierno en Ecuador (con un fuerte apoyo indígena, que menospreció, y de grupúsculos maoístas), el ex presidente León Febres Cordero no dudó en declarar: “a este indio de Tena lo voy a meter en la cárcel cuando termine” (Gutiérrez gobernó de 2003 a 2005). En México no faltaron quienes vieran en López Obrador a un “naco”, como ya había ocurrido (incluso desde la izquierda) en 1994 con Luis Donaldo Colosio, y el candidato de la Coalición por el Bien de Todos fustigó a quienes se han acostumbrado en el país azteca a discriminar por el color de la piel.

Por otra parte, la apelación al “argumento de autoridad” (aunque sea irrelevante para el caso) ha sido frecuente tanto en los discursos de derecha como en los de izquierda, e incluso en la producción académica latinoamericana y caribeña.

— La manipulación de los significados de tal manera que los contenidos implicados sean difíciles de refutar, algo en lo que se especializaron los medios de comunicación masiva, gracias a la confusión entre realidad e imagen mercadotécnica.

— Las omisiones, con información incompleta, excluyendo posibles problemas, objeciones, dificultades, hasta presentar una realidad falseada, aunque sin incurrir en la mentira. Cuba se caracterizó en este sentido por la intolerancia, pero la derecha no se quedó atrás, y ello con las mejores intenciones liberales (en el sentido positivo del térmi-

no). Mario Vargas Llosa, por ejemplo, llegó a decir de Chile que era “el país más aburrido de América Latina”, y que las justas electorales en el país conosureño se parecían “a esas justas cívicas en las cuales noruegos o suecos cambian o confirman cada cierto número de años a sus gobiernos”.²⁷ El escritor pasó por alto que en los países escandinavos no se lava dinero (mientras que en Chile sí, como lo ha probado el juicio a Pinochet) y no se depende de unas cuantas exportaciones de materias primas. El país conosureño, a diferencia de Noruega y Suecia, se encuentra entre los diez más desiguales del mundo.²⁸

— La redefinición del lenguaje, hasta intentar modificar o hacer desaparecer la forma de pensar de quien se oponga a un argumento. De este modo, por ejemplo, no había forma de convencer a la izquierda de que, más que ser neoliberales, las últimas décadas se caracterizaron por un profundo conservadurismo: tuvo que llegar George W. Bush al gobierno estadounidense para que la izquierda se diera cuenta del “neoconservadurismo”, que empezó en realidad con las administraciones Reagan y se prolongó luego con la renuencia a la menor modificación en el rumbo de la política económica y en el modo de entender la democracia.

— Las tácticas de despiste, para desviar la discusión desde un punto de vista delicado para el demagogo hacia algún tema que domine o donde presente alguna ventaja con respecto a su oponente o contrincante, y sin responder directamente a las preguntas o los desafíos. Esto se volvió frecuente en los debates televisivos preelectorales (Perú, México).

— La estadística fuera de contexto (demagogia numérica). El gran crecimiento económico anual en Perú con Toledo, por ejemplo, en nada impidió que se ahondara la brecha social. Los sondeos y la mercadotecnia política se convirtieron por su parte en una auténtica demagogia numérica.

— La demonización, para asociar una idea o grupo de personas con valores negativos, hasta que la idea o el grupo en cuestión sean vistos negativamente. En distintos países latinoamericanos (sobre todo en Perú y México), el conservadurismo no encontró nada mejor, a falta de ideas propias, que acusar a los candidatos alternativos de “ser como Chávez”.

²⁷ Cf. Pedro C. Baca, “Cómo alcanzó Chile la prosperidad”, *Contenido* (México), núm. 515 (mayo del 2006), p. 38. Para Carlos Fuentes, América Latina debería lograr una alternancia entre socialistas y demócratacristianos “a la europea”.

²⁸ Cf. Enrique Semo, “Michelle y la bestia”, *Proceso* (México), núm. 1525 (22 de enero del 2006), p. 69.

Para demostrar que las últimas décadas de crisis en América Latina y el Caribe se caracterizaron por el conservadurismo y no por el manido “neoliberalismo”, conviene recordar lo que es un dogma: una doctrina sostenida por una religión u otra organización de autoridad, que no admite réplica y que se basa en el adoctrinamiento.²⁹ El dogmatismo es una tendencia a erigir fórmulas en verdades indiscutibles, al margen del estudio, la crítica y la discusión. El proceso cubano se caracterizó sin duda por el dogmatismo. En cambio, si no se repara en el sentido preciso de las palabras, puede pensarse que el resto de América Latina y el Caribe se mantuvo al margen de distorsiones como la cubana. En realidad, el “libre mercado” se convirtió en un dogma por el cual quien se atreviera a criticarlo se encontraría no en la disidencia, sino en el error.

Por último, conviene detenerse en lo que se entiende por caudillismo, sobre todo teniendo en cuenta que la palabra no tiene traducción a otros idiomas (como no sea al portugués): es un fenómeno que se propagó en el sur de América aunque tuviera sus orígenes en España durante el siglo xix, por la existencia de “líderes de milicias” con personalidades carismáticas, capaces de granjearse las simpatías populares, aunque estuvieran al servicio de los hacendados.³⁰ No es éste el caso de Castro o Chávez, pero por su investidura militar probablemente hayan adquirido rasgos caudillistas (hasta que se hablara de “fidelismo”, “chavismo” o “danielismo” para Ortega en Nicaragua). El “fidelismo” se vio orillado a practicar numerosos acomodos a partir del hecho de que, como lo sugiriera Nils Castro, la formación de origen de los líderes poco tuviera que ver con el marxismo³¹ (Fidel Castro terminó por definirse como un “comunista utópico”).³² Durante el periodo de inserción en la órbita soviética, que para Nils Castro se explica entre otros factores por las exigencias chinas de alineamiento,³³ Cuba, hasta cierto punto —luego de la dilapidación de la “zafra de los 10 millones” en 1970— fue parásito de la asistencia de Moscú, cosa criticable desde una perspectiva como la de James Wyatt Marrs: la dependencia no puede abusar del altruismo, a riesgo de que ésta se convierta en bene-

²⁹ Wikipedia (enciclopedia por Internet).

³⁰ *Ibid.*

³¹ Castro, “Las izquierdas latinoamericanas contemporáneas” [n. 2], p. 4, pese a que Castro había leído a Lenin y Ernesto Guevara a los autores marxistas

³² Cf. Ignacio Ramonet, *Fidel Castro: biografía a dos voces*. Barcelona. Debate, 2006, p. 161. La entrevista revela la distancia de Castro con los comunistas (p. 103), la inclinación de Guevara por China en la pugna sino-soviética (p. 259) y cierta admiración de Castro por el mismo Perón (p. 477).

³³ Castro, “Las izquierdas latinoamericanas contemporáneas” [n. 2], p. 18, nota 13.

ficencia crónica y se llegue a la sangría para toda la colectividad.³⁴ Pese a las críticas del Che Guevara al soviétismo, en la isla mayor de las Antillas terminó por practicarse cierto culto a la personalidad de Fidel Castro y al sacrificio del mismo Guevara. Contra lo que pudiera pensar la derecha, el estudio y la asimilación de Marx y Lenin nunca interesaron mayormente al proceso cubano. Como lo ha demostrado Rafael Rojas, este proceso tuvo desde un principio fuertes tintes anticomunistas (entre 1959 y 1961, el anticomunismo de Fidel Castro parecía incuestionable, como luego su comunismo):³⁵ lo paradójico es que, al momento de insertarse en la esfera de influencia soviética, los partidarios del Movimiento 26 de Julio y del Directorio Estudiantil se deshicieron de la mayoría de los comunistas (Partido Socialista Popular-PSP) que podían quedar en el “aparato”. Al principio del proceso cubano, como lo reconoce Rojas, los comunistas “eran el único grupo poseedor de un proyecto económico, cultural e ideológico bien perfilado”.³⁶ Para 1967, sin embargo, ya se habían producido varias purgas para expulsar a los líderes del PSP (en 1962 por “el proceso del sectarismo”, en 1964 por el “caso Marquitos” y en 1967 por el “asunto de la microfacción”). Con estas medidas se perdió en parte lo que se había construido desde abajo, puesto que, como lo recuerda Nils Castro, al momento en que triunfaron “los barbudos” de la Sierra Maestra el trabajo político de apoyo en el Llano ya estaba preparado.³⁷ Alguien como Lino Novás Calvo —católico— ya había podido constatar que la llegada de Fidel Castro al poder podía ser también el resultado de la movilidad social experimentada por la clase media—hija de inmigrantes, industriales, hacendados y comerciantes— en la primera mitad del siglo xx: esa clase se interesó por encumbrarse aun a costa del “mundo burgués” que la engendró.³⁸

En Venezuela, Hugo Chávez (quien no ocultó su admiración por Torrijos o Velasco Alvarado), aunque acabó declarándose socialista y contrario al capitalismo, en varias entrevistas dejó en claro que no es “marxista, ni antimarxista”, aunque hubiera recibido el apoyo del Partido Comunista de Venezuela. Chávez, en realidad sin mayor formación doctrinaria, se amparó en una retórica bolivariana que, como lo ha

³⁴ James Wyatt Marrs, *Parásitos sociales: introducción al arte de vivir sin producir en la sociedad moderna*, Madrid, Aguilar, 1960, p. 50.

³⁵ Raúl Castro fue una excepción.

³⁶ Rafael Rojas, *Tumbas sin sosiego: revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*, Barcelona, Anagrama, 2006, p. 172.

³⁷ Castro, “Las izquierdas latinoamericanas contemporáneas” [n. 2], p. 5.

³⁸ Rojas, *Tumbas sin sosiego* [n. 36], p. 194.

hecho notar Medófilo Medina,³⁹ siempre fue común entre los distintos gobiernos venezolanos (cada quien ha reivindicado a “su” Bolívar), aunque el nuevo líder vocarotambién las figuras populares de Simón Rodríguez y Ezequiel Zamora. El fenómeno chavista acabó por encontrar apoyos desde abajo, pero no fueron obreros ni campesinos (y mucho menos de clase media), pese a que a los agricultores pobres se les ofrecieran finalmente tierras (por ejemplo, en el Apure con grandes extensiones sin cultivar). En 1999 el mismo Chávez constataba que 70% de la población activa venezolana se encontraba en una situación precaria (20% en el desempleo, 50% en el subempleo), y logró el apoyo en el sector informal y los “ranchos” de las grandes ciudades.⁴⁰ Para el año 2006, Chávez no había ido más lejos de una política redistributiva fuerte.

Dicho lo anterior, no parece que el proceso cubano y el venezolano hayan logrado sortear los riesgos del caudillismo, aunque Fidel Castro haya llegado a alertar contra sus males (“muerto el caudillo, se acaba la causa”). La matriz de origen colonial nunca desapareció del todo en los procesos nacional-populares. En cambio, las acusaciones de “comunismo” contra Cuba y Venezuela no tienen, en perspectiva histórica, mayor fundamento, como no lo tuvieron cuando fueron empleadas contra Salvador Allende.

4. *Las razones de la derecha*

No son del todo falsas las características que el intelectual liberal mexicano Enrique Krauze atribuye al populismo.⁴¹ Algunas de dichas características son:

- 1) La exaltación del líder carismático (el hombre providencial), con rasgos proféticos y demagógicos, y que debiera resolver de una buena vez y para siempre los problemas del pueblo. Estos rasgos pueden encontrarse en Castro o Chávez.
- 2) El uso y el abuso de la palabra para apoderarse de ella, a nombre de la “verdad general” que “alumbró el camino” sin limitaciones ni intermediarios. Ciertamente, los maratónicos discursos de Castro o las alocuciones radiales de Chávez han llegado a convertir a la herencia martiana o la bolivariana en dogma, pero igual cabría preguntarse por

³⁹ Cf. Medófilo Medina, *El elegido: presidente Chávez. Un nuevo sistema político*. Bogotá, Aurora, 2005, p. 31.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 136.

⁴¹ Enrique Krauze, “Decálogo del populismo iberoamericano”, *El País* (Madrid), 10-x-2005 (por Internet).

qué el presidente uruguayo Tabaré Vázquez se apresuró a declarar que “Artigas cabalga de nuevo”, poco antes de renunciar explícitamente al socialismo⁴² y nombrar como ministro de Economía al ortodoxo Danilo Astori, partidario de acercarse a Estados Unidos y de poner a la industria forestal local al servicio de las transnacionales.

3) La fabricación de la verdad, la interpretación de la “voz del pueblo” y la confusión de la crítica con la enemistad militante, por lo que debe ser desprestigiada, controlada y acallada. Ciertamente también, la libertad de expresión no ha sido el fuerte del proceso cubano, pero tampoco lo fue en las dictaduras conosureñas o en el fujimorismo peruano.

4) El uso discrecional de los fondos públicos y la conversión del erario en patrimonio privado. Ni Castro ni Chávez se enriquecieron personalmente, y tanto Evo Morales como Ollanta Humala y Andrés Manuel López Obrador llamaron a desterrar la corrupción y a moralizar la función pública.

5) El reparto directo de la riqueza, pero focalizado para cobrar en obediencia. Suele olvidarse que a eso se dedicó la dictadura de Fujimori en Perú, sin que nadie lo tomara a mal en el exterior. Por su parte, Cuba y Venezuela se especializaron en la solidaridad —que distingue al Hombre del animal— con otros países (envío de médicos y maestros), pero sin otro “cobro” que el intercambio, y sin hacer pasar una obligación —que en realidad debían cumplir los gobiernos locales por una prerrogativa o una dádiva.

6) El aliento al odio de clases. Si hubo hostigamiento a los “ricos” en los populismos latinoamericanos y caribeños, y en particular a las antiguas oligarquías, en realidad aquéllos buscaron más la “conciliación de clases”, mediante los corporativismos y los clientelismos, que su enfrentamiento.

9) El desprecio por el orden legal. Fue el caso del “golpe” castrista en Cuba (desde el asalto al Cuartel Moncada), aunque contra una dictadura, y el de Chávez (1992), pero de ninguna manera el de Evo Morales, para no hablar de Allende.

10) La domesticación y la cancelación de las instituciones de la democracia liberal. Si bien el rasgo vale para Cuba (donde el debate entre católicos, comunistas y nacionalistas fue cancelado), también es pertinente para el fujimorismo, y desde luego para las dictaduras conosureñas, que no practicaron populismo alguno.

⁴² Cf. Vilas, “La izquierda latinoamericana” [n. 14], p. 93.

La mayor falacia en la argumentación contra los “neopopulismos” latinoamericanos tiene que ver con el olvido de que, en muchos casos, fueron precisamente los partidos políticos y los gobernantes de origen populista los que, a partir de los años ochenta del siglo pasado, se encargaron de llevar a cabo los drásticos programas de ajuste estructural reclamados por la ortodoxia de los organismos financieros internacionales — como lo reconoce Paramio⁴³ y de promover la integración con Estados Unidos y al mundo de las empresas transnacionales. No hay mejor ejemplo que el del torrijismo panameño: el Partido Revolucionario Democrático (PRD) se dedicó a implementar sin mayor contemplación los programas de ajuste estructural en los años ochenta, hasta el interludio (1987-1989) del hostigamiento “civilista” al caudillismo de Manuel Antonio Noriega, por cierto que víctima de “sicarios económicos” estadounidenses, al igual que Omar Torrijos. A partir de 1994, con Ernesto Pérez Balladares en el gobierno, el PRD panameño se colocó al servicio de los empresarios, y posteriormente, con Martín Torrijos en el Palacio de las Garzas, a Panamá no se le ocurrió nada mejor — además de olvidar a las víctimas de la invasión de 1989 y enfilar hacia una dudosa ampliación del Canal — que ser la última delegación en buscar el arreglo con Estados Unidos en la Cumbre de Mar del Plata en 2005. En México, desde el sexenio de Miguel de la Madrid, a mediados de los ochenta, fue un partido con antiguos tintes populistas (aunque no pueda compararse a Cárdenas con Perón) el que contribuyó a los drásticos ajustes, y con Carlos Salinas de Gortari a la firma del TLC con Estados Unidos. Fracásó así el ala liberal priista: con la muerte de Luis Donaldo Colosio se cerró quizás el ciclo de la Revolución Mexicana, como con la de Luis Carlos Galán el del Nuevo Liberalismo colombiano. En Bolivia, fue otro partido más de origen populista, el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), el que acabó al servicio de los empresarios con Gonzalo Sánchez de Losada. En Ecuador no quedó nada del populismo de José María Velasco Ibarra, y el supuesto populista Lucio Gutiérrez acabó como el mejor aliado de Estados Unidos en la región andina. En Perú, a nadie le incomodó que fuera otro partido de origen populista, el APRA de Haya de la Torre, el que con Alan García se moviera al “centro” y obtuviera el apoyo de Toledo, el liberal Vargas Llosa y la derechista Lourdes Flores, sin dejar de concebir al Perú como una “chacra” para uso particular: García — que acabó aprobando al vapor el libre comercio con Estados Unidos, contra lo prometido en campaña — ganó las elecciones de junio

⁴³ Paramio, “La izquierda y el populismo” [n. 1], p. 22.

del 2006 con un margen muy estrecho de votos (53% contra 47% del “nacionalista” Humala, como si hubiera algo de peyorativo en ello),⁴⁴ y nadie en la derecha recordó el populismo del aprista, apoyado por lo demás, en un dejo de neocolonialismo, por los socialistas españoles. Ciertamente es que, por otro lado, a una parte de la derecha le dio también por el neocolonialismo, como al ex mandatario español José María Aznar, que se entrometió en las elecciones mexicanas del 2006.

A partir de la segunda posguerra del siglo xx, el Estado en muchos países populistas de América Latina se convirtió en el medio para la creación de nuevos ricos, que a la larga se reconstituyeron como oligarquías, pero que siguieron contando con el clientelismo y la demagogia para asegurarse de que las masas aguantaran con pasividad y sumisión los programas de ajuste estructural, y que aceptaran incluso el desmantelamiento de las organizaciones independientes. Ni siquiera es necesario recurrir a estudios de izquierda para constatarlo: el estadounidense Gary Becker, premio Nobel de Economía, no dudó en declarar a mediados del 2006 que en América Latina terminó por consolidarse “un capitalismo de compadres”.⁴⁵

5. Las diferencias de la izquierda

Si se observan con detenimiento los resultados electorales de los últimos años en América Latina y el Caribe, en realidad no hay demasiado margen para la euforia.⁴⁶ En la mayoría de los casos, con la excepción de Brasil, las organizaciones de izquierda se impusieron por un estrecho margen de votos: René Preval en Haití ganó por poco más de 51%,⁴⁷ Evo Morales en Bolivia por cerca de 54%, Tabaré Vázquez en Uruguay apenas por encima de 50% (aunque puso fin a la vieja alternancia entre “blancos” y “colorados”), Michelle Bachelet por 53% de los sufragios chilenos (en una segunda vuelta y con los votos de la izquierda humanista de Hirsh y de los comunistas), y Martín Torrijos por menos de la mitad de los sufragios en Panamá (47%). En 1998, Hugo Chávez se impuso con poco más de 56% de los votos. En la

⁴⁴ Sobre el “nacionalismo herderiano”, véase por ejemplo Christopher Dominguez Michael, “Turismo de montaña: cómo la izquierda se volvió nacionalista”, *Letras Libres* (México), núm. 91 (julio del 2006), pp. 42-45.

⁴⁵ Notimex, “Se consolida en AL un ‘capitalismo de compadres’, alerta Nobel de Economía”, *La Jornada* (México), 15-VIII-2006, p. 24

⁴⁶ Todos los resultados electorales pueden consultarse por Internet.

⁴⁷ Sobre el carácter delictivo de muchos opositores a Préval, véase Mario D. Camarillo Cortés, “Sicarios, traficantes y represores buscan la presidencia en Haití”, *La Crónica* (México), 4-II-2006, p. 18.

República Dominicana, el ahora “centrista” Leonel Fernández venció en el 2004 con 57% de los votos. Por otra parte, en los casos en los que se impuso la derecha, tampoco fue de manera abrumadora. En El Salvador, Antonio Saca, candidato de la Alianza Republicana Nacionalista, consiguió en el año 2004 57% de los votos contra 35% del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), que luego avanzaría en las elecciones legislativas. En Colombia, Álvaro Uribe se impuso con 53% de los votos en el año 2002, y si avanzó hasta 62% en el 2006, lo hizo en medio de 55% de abstenciones: entretanto, el crecimiento del Polo Democrático Alternativo (22%) fue histórico para la izquierda liberal colombiana, y de paso dio al traste con dos siglos de alternancia entre el Partido Liberal (12%) y el Conservador. En Costa Rica, Oscar Arias triunfó con 41% de los votos sobre un contrincante de centroizquierda contrario al libre comercio con Estados Unidos, y en Honduras el liberal José Manuel Zelaya lo hizo por cerca de 50%. Lo menos que puede decirse es que, a juzgar por los porcentajes, más que haber transitado abrumadoramente hacia la izquierda o al “centro-izquierda”, la mayoría de las sociedades latinoamericanas y caribeñas se encontraron profundamente divididas. Algunos datos más son de importancia: en Chile, donde llegó a decirse con inexactitud que por fin una mujer había llegado al gobierno en América Latina (en realidad ya lo habían hecho Violeta Barrios de Chamorro en Nicaragua y Mireya Moscoso en Panamá, con resultados por cierto desastrosos), las estadísticas revelaron una escasa participación de los jóvenes y las mujeres de clase baja. En Bolivia, las elecciones mostraron diferencias regionales de cierta importancia (entre el Altiplano y la “media luna” del Oriente); en Venezuela, entre Caracas y el estado de Zulia (con un gobernador contrario a Chávez y cercano a Estados Unidos);⁴⁸ en México, el PAN tendió a afianzarse en el norte y el centro-occidente, y la Coalición por el Bien de Todos en el sureste (salvo Yucatán) y la capital. En México, la juventud (que se abstuvo de votar en 65%) se orientó en cierta medida hacia el PAN, mientras que los mayores de cincuenta años lo hicieron por López Obrador; los campesinos tendieron a votar por el PRI (Partido Revolucionario Institucional), parte de la clase media y la de origen popular por López Obrador y la “gente de dinero” por el PAN. En Perú, finalmente, la juventud se inclinó por Alan García, con fuertes feudos en el norte y en Lima, mientras que Ollanta Humala (quien se definió como “ni de izquierda ni de derecha, sino de abajo”) se impuso desde la

⁴⁸ Zulia tiene el mayor número de votantes después de Caracas.

primera vuelta en el centro y el sur —pobres e indígenas— del país andino. La única victoria contundente —y que habría permitido menos continuismo y un mayor margen de maniobra social— fue la primera de Lula (61% de los votos en el 2002, pero en una segunda vuelta). Para las elecciones de octubre del 2006, Lula, con menos “aplanadora” y en competencia con el socialdemócrata Geraldo Alckmin, se comprometió a “gobernar para los trabajadores”, aunque no hiciera gran cosa por movimientos como el de los Sin Tierra (que obtuvo simpatías entre algunos militares),⁴⁹ y obtuvo el apoyo tanto del Partido Socialista de Brasil como del Partido Comunista de Brasil. La izquierda se presentó dividida, por la candidatura de Heloisa Helena Lima de Moraes (con fuerte bastión en Río de Janeiro y el apoyo del otro Partido Comunista de Brasil), luchadora social de Alagoas, de carácter sencillo y ex senadora, expulsada del Partido de los Trabajadores (PT) por oponerse a la política económica y a las alianzas con la derecha del gabinete de Lula.

Dentro de la izquierda, y al margen de las alianzas que ocasionalmente tuvo que hacer (como la concertación chilena con los demócrata-cristianos), las diferencias se agudizaron en algunos casos, y no parecían corresponder a las hipótesis sugeridas por Jorge G. Castañeda en un texto reciente.⁵⁰ Si acaso fue en Haití donde René Préval tuvo que moderar las tendencias populistas de Jean Bertrand Aristide, expulsado del gobierno por una maniobra militar de Estados Unidos y Francia apenas disimulada. En Ecuador, en vísperas de las elecciones de octubre del 2006, la izquierda se encontraba dividida entre varios liderazgos indígenas (el principal, con Luis Macas a la cabeza) y los socialistas moderados de León Roldós, partidario al mismo tiempo de acercarse a Cuba y del libre comercio con Estados Unidos. En otros casos, como el de Chile, el Partido Comunista buscó orillar a Bachelet a un compromiso claro con la ecología (que el gobierno de Ricardo Lagos no respetó), los derechos de los mapuches y el respeto a los fondos de pensión. En Uruguay, los partidos Comunista y Socialista, ambos integrantes del Frente Amplio, terminaron por expresar su rechazo a la firma de un tratado de libre comercio entre Montevideo y Washington, a diferencia de algunos acomodaticios ex tupamaros. En cambio, en otros países como Perú, tanto la izquierda tradicional como la “modernizada” se fueron por completo a pique desde la primera

⁴⁹ Sobre el acercamiento entre los Sin Tierra y algunos militares brasileños, cf. Zibechi, “Militares, Estados nacionales y movimientos” [n. 9], p. 30.

⁵⁰ Jorge G. Castañeda, “Latin America’s left turn”, *Foreign Affairs*, vol. 85, núm. 3 (mayo-junio del 2006), pp. 28-44.

vuelta electoral en 2006. En Nicaragua, el poeta y sacerdote cristiano Ernesto Cardenal, miembro del —bien visto por Estados Unidos— Movimiento de Renovación Sandinista (al igual que Dora María Téllez, Sergio Ramírez y Carlos Mejía Godoy), llamó a los nicaragüenses a no votar por Daniel Ortega, al considerarlo “corrupto” y “traidor”. Ortega se alió para las elecciones del 2006 con “liberales” como Jaime Morales Carazo, un empresario y ex banquero de los “contras” y franco partidario de la economía de mercado en un país que había destacado por sus cooperativas mixtas. Al mismo tiempo, el ex comandante sandinista Víctor Tirado, luego de hacer un recuento antojadizo del pasado, consideró que el futuro de la izquierda latinoamericana estaría en el “capitalismo de Estado”.⁵¹ Pero las diferencias surgidas en la izquierda probablemente no hayansido tan llamativas como en El Salvador, donde el FMLN se hizo fuerte gracias a la unidad durante la guerra y, como lo ha señalado Nils Castro, nunca la perdió.⁵² Descontentos con el liderazgo de Schafik Jorge Handal, alguien con quien se podía discrepar, algunos ex comandantes guerrilleros (Facundo Guardado, Salvador Samayoa, Eduardo Sancho, Joaquín Villalobos⁵³ y Ana Guadalupe Martínez, además del nicaragüense Joaquín Cuadra Chamorro) fueron a entrevistarse con una derecha como la de Felipe Calderón en México, aunque Jorge G. Castañeda los llamara “la verdadera izquierda moderna de América Latina”.⁵⁴ En cambio, Handal evolucionó hacia una posición partidaria de fortalecer la autogestión y desterrar los paternalismos entre los sectores populares salvadoreños. El resultado acabó reflejándose de modo positivo en la victoria de una ex comandante de las Fuerzas Populares de Liberación (FPL), Violeta Menjívar, en marzo del 2006 en la alcaldía de San Salvador, para luchar con la educación contra la inseguridad, reordenar el territorio para evitar catástrofes medioambientales y rechazar de *facto* el libre comercio con Estados Unidos.⁵⁵ En perspectiva, es un hecho que en varios países latinoamericanos, la izquierda terminó por dividirse entre los “moderados” y “modernos” (prácticamente socialdemócratas y “centristas”) y los partidarios de evitar los acomodos con tal de mantener el arraigo y el respaldo populares. Incluso en Venezuela, una parte

⁵¹ Víctor Tirado, “El capitalismo de Estado y la nueva izquierda latinoamericana”, *La Jornada* (México), 14-v-2006 y 15-v-2006.

⁵² Castro, “Las izquierdas latinoamericanas contemporáneas” [n. 2], p. 5.

⁵³ Indiciado en el asesinato del poeta Roque Dalton en los años setenta

⁵⁴ Jorge Medellín, Alejandro y Sergio Javier Jiménez, “Felipe buscó la cita Castañeda”, *El Universal* (México), 7-iv-2006, p. A12.

⁵⁵ Ricardo Martínez Martínez, “Histórico triunfo de una mujer en San Salvador”, *La Jornada* (México), 21-iii-2006, pp. 52 y 32.

de la izquierda se encontró en la oposición a Chávez, como ocurriera con el ex comandante guerrillero y ex miembro del Movimiento al Socialismo, Teodoro Petkoff, quien terminó por apoyar al gobernador de Zulia, Manuel Rosales.

La llegada de Evo Morales al gobierno boliviano y sus primeras medidas, como la nacionalización de los hidrocarburos (a lo que se agrega la defensa de la libertad de cultos), despertaron simpatías en la izquierda. De todas maneras, Morales nacionalizó pero no confiscó, y en la reforma agraria distribuyó tierras ociosas, pero no se enfrentó a los latifundistas. El principal ideólogo de Morales, el vicepresidente y ex guerrillero katarista Álvaro García Linera, que se autodefiniera como “puente” entre los indígenas y las clases medias, siempre dejó en claro que su proyecto es de centro-izquierda, a lo sumo, e indigenista (con un fuerte anclaje entre los aymarás): para el ideólogo, Bolivia debería construir un “capitalismo andino” con un Estado fuerte y contribuir a una mejor redistribución del excedente.⁵⁶ De todos modos, esta propuesta intentó articular distintos proyectos desde abajo (cocaleros de El Chapare y Los Yungas, federación de regantes de Cochabamba, Juntas Vecinales de El Alto, Sin Tierra de Oriente, cooperativistas mineros y diversos grupos de pequeños propietarios). Contra las afirmaciones de Jorge G. Castañeda sobre la “irresponsabilidad populista” del presidente boliviano,⁵⁷ Morales no representa al populismo boliviano que encarnaran el MNR⁵⁸ y —en los años ochenta— organizaciones como Conciencia de Patria (Condepa) y Unión Cívica Solidaridad (UCS). Ni siquiera es seguro que el gobierno de Morales se haya propuesto ir más lejos que el polémico proceso de 1952: en cambio, por primera vez incorporó a representantes auténticamente populares al gobierno, incluyendo a mujeres, como Casimira Rodríguez, de origen quechua (Ministerio de Justicia), o Silvia Lazarte (cocalera, también de origen quechua, para la Asamblea Constituyente).⁵⁹

⁵⁶ Véase por ejemplo Franklin Ramírez y Pablo Stefanoni, “Los intelectuales y la política: entrevista con Álvaro García Linera, vicepresidente de Bolivia”, *Memoria* (México, CEMOS), núm. 208 (junio del 2006), pp. 43-45. Para García Linera, que se define “medio en broma medio en serio” como “jacobinista leninista”, no puede haber revolución socialista en una nación de pequeños productores como Bolivia. Véase igualmente Álvaro García Linera, “La querrela por el excedente”, *Temas Sociales* (La Paz, UMSA), núm. 25 (2004), pp. 71-75, y en particular p. 73.

⁵⁷ Castañeda, “Latin America’s left turn” [n. 50], p. 41

⁵⁸ Sobre los orígenes del MNR y el populismo, en particular con Paz Estenssoro. véase por ejemplo Torcuato S. di Tella, *Historia de los partidos políticos en América Latina*. México, FCE, 1994 (col. *Breviarios*. núm. 522), p. 174.

⁵⁹ Cf. Adolfo Gilly, entrevista con Casimira Rodríguez, *La Jornada* (México), 4-II-2006, p. 30.

Lejos de Chávez y de Castro, y con una fuerte base social entre las clases medias y algunos sectores populares, por más que el discurso se orientara hacia algo tan vago como “los pobres”, el proyecto de nación de López Obrador —que sí presentó propuestas—⁶⁰ en México no se acercó en lo más mínimo al socialismo, o a la socialdemocracia (representada por Cuauhtémoc Cárdenas), y ni siquiera al “mesianismo” —que supone la existencia de una secta—, contra lo que sugiriera Krauze.⁶¹ En cambio, abrió perspectivas para detener la “mentalidad de hacendados” (según el mismo López Obrador) de los nuevos ricos y moralizar la función pública. López Obrador se propuso adecentar las instituciones republicanas, disminuir las desigualdades sociales, defender el patrimonio energético de la nación mexicana y el derecho público a la información objetiva,⁶² sin populismo alguno y apelando para la resistencia civil pacífica a figuras como Martin Luther King Jr. y Gandhi. Alejandro Moreno sugiere que el votante izquierdista y obradorista mexicano agrupó a segmentos sociales liberales en lo social y con un sentido de responsabilidad estatal y preferencias redistributivas en lo económico. Por contraste, el PAN se ubicó en el espectro conservador-capitalista.⁶³ La enjundia de López Obrador pudo haber resultado sorpresiva para una parte de la izquierda, incluida la intelectual, que en el pasado se entusiasmó hasta cierto punto a ciegas por el extremismo del “neozapatismo” chiapaneco y su líder.

Conclusiones

PARA principios del siglo XXI, en varios países de América Latina, los círculos gobernantes y los empresarios seguían curiosamente hablando, con demagogia, a nombre de “todos” los integrantes de la nación, como si no pudieran admitir la autonomía de los sectores populares y quisieran seguir obteniendo sumisión de los mismos. Los grupos aludidos continuaban haciendo pasar sus intereses particulares por el “bien común”, pero de manera antidemocrática: sin reconocer el derecho del

⁶⁰ Cf. Andrés Manuel López Obrador, *Un proyecto alternativo de nación*, México, Grijalbo, 2004. El candidato priista Roberto Madrazo también presentó su propuesta en un libro.

⁶¹ Cf. Enrique Krauze, “López Obrador, el mesías tropical”. *Letras Libres* (México), año VIII (junio del 2006), pp. 15-24.

⁶² Cf. Andrea Becerril, Emir Olivares y Mariana Norandi, “López Obrador: nunca más una república simulada”, *La Jornada* (México), 14-VIII-2006, pp. 1, 3, 18 y 19.

⁶³ Alejandro Moreno. “Ideologías, estilos de vida y votos”. *Foreign Affairs en español* (México, ITAM), vol. 6, núm. 2 (2006), p. 58.

pueblo a tener intereses propios. En otros términos, los círculos gobernantes, como antaño, se empeñaron en asimilar la autonomía popular al conflicto, como si éste fuera imposible de admitir y de dirimir por la vía de las instituciones.

Luego de la trayectoria de la izquierda latinoamericana y caribeña, a partir de la Revolución Cubana, se llegó al siglo *xxi* con el saludable consejo de Martí que recoge Nils Castro: “los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura del sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación”.⁶⁴ En este trabajo hemos sugerido que las fuerzas progresistas del subcontinente se movieron con frecuencia entre una matriz cultural de origen colonial y los anhelos de una modernización “desde arriba” que cobijara los anhelos de las clases medias emergentes. Al cabo de varias décadas de crisis, el populismo que naciera en la segunda posguerra del siglo *xx*, lejos de haberse recreado, agotó sus posibilidades y dejó de ser capaz de conciliar a las clases y los grupos de interés más diversos. Si se toma en cuenta la polarización electoral (amén de las divisiones en la izquierda), América Latina y el Caribe habrían llegado a la encrucijada de una Segunda Independencia que, sin embargo, poco tiene que ver con el socialismo: la disyuntiva pasó a ubicarse entre un proyecto neoligárquico capaz de poner en riesgo la sobrevivencia del Estado y la nación, y la posibilidad de defenderlos y recuperarlos desde abajo, con la participación popular. Si los rasgos demagógicos y caudillistas persistieron en los regímenes de izquierda como el cubano y el nicaragüense, es en la medida en que a estos procesos les importó poco la cultura,⁶⁵ forzada con frecuencia a comprometerse de modo acrítico; sin ser populistas, estos procesos buscaron de modo egoísta parafraseando a Paramio— tener seguidores y no formar ciudadanos.⁶⁶ Desafortunadamente, los populismos latinoamericanos no hicieron otra cosa.

Al mismo tiempo, los distintos giros a la izquierda en América Latina abrieron con todo dos posibilidades de terminar con la matriz cultural de origen colonial. En primer lugar, plantearon la necesidad de moralizar la función pública: en el pasado, esa función se convirtió en la

⁶⁴ Castro, “Las izquierdas latinoamericanas contemporáneas” [n. 2], p. 17.

⁶⁵ Chávez abrió en Venezuela una “Villa del Cine” para promover la producción nacional (98% de los filmes en las salas cinematográficas latinoamericanas provienen de Hollywood).

⁶⁶ Paramio, “La izquierda y el populismo” [n. 1], p. 27.

palanca para el ascenso de nuevos ricos que se mostraron tan incapaces de defender al Estado y la nación como los oligarcas del siglo XIX. En segundo lugar, algunos movimientos populares latinoamericanos y caribeños abrieron la posibilidad de deslindar entre los intereses de ciertos sectores de clase media “bien pensante” y los del pueblo, para intentar darle a éste la autonomía que en el pasado le faltó por la masificación de la sociedad, la represión y la cooptación.